

de Fox, como la vida de Bunyan, una gran provisión de documentos y de argumentos concienzudamente ordenada: he ahí todo lo que ofrecen: el puritano destruye el artista, enrijece el hombre, entorpece el escritor, y no deja en pie del artista, del hombre, del escritor, más que una especie de ser abstracto, servidor de una consigna. Si entre ellos se encuentra un Milton, es porque, gracias á sus vastas curiosidades, á sus viajes, á su educación enciclopédica, y sobre todo, á su adolescencia empapada en la gran poesía de la edad precedente, y á su independencia de espíritu altivamente defendida aun contra los sectarios, Milton se sale de la secta. Hablando propiamente, no podían tener más que un poeta, poeta sin quererlo, un loco, un mártir, héroe y víctima de la gracia, verdadero predicador, que encuentra la belleza por acaso, buscando lo útil por principio, pobre calderero que, empleando las imágenes para ser comprendido de jornaleros, marineros y criadas, llega, sin pretenderlo, á la elocuencia y aun á veces al arte elevado.

VI

Después de la Biblia, el libro más difundido en Inglaterra es el *Viaje del Peregrino* por el calderero Bunyan. Es que el fondo del protestantismo es la doctrina de la salvación operada por la gracia, y que, para hacer sensible esta doctrina, ningún artista ha igualado á Bunyan (1).

Para hablar bien de las impresiones sobrenaturales,

(1) *Bunyan, his life, times and work*, by John Brown (1885).

es preciso estar sujeto á las impresiones sobrenaturales. Bunyan tuvo el género de imaginación que las produce. Esa imaginación, poderosa como la de los artistas, pero más violenta que la de los artistas, obra en el hombre sin el concurso del hombre, y le asedia con espectáculos que él no ha querido ni previsto. Desde ese momento hay en él como un segundo ser, soberano del primero, grandioso y terrible, cuyas apariciones son repentinas, cuyos procederes son desconocidos, que duplica ó quebranta sus facultades, que le prosterna ó le exalta, que le baña en sudores de angustia, que le arrebató con transportes de alegría, y que, por su fuerza, su rareza y su independencia, le atestigua la presencia y la acción de un amo superior y extraño. Bunyan, como Santa Teresa, tuvo visiones desde la infancia; «le alteraba sobremanera la idea de los tormentos horribles del fuego del infierno»; permanecía triste en medio de sus juegos, creyéndose condenado, y tan desesperado estaba «que deseaba ser un demonio, suponiendo que los demonios son solamente verdugos, y que vale más ser atormentador que verse atormentado.» Era ya la obsesión de las imágenes precisas y corporales. Bajo su imperio cesa la reflexión, y el hombre se precipita á la acción de golpe. El primer movimiento la arrastraba á locas determinaciones, con los ojos cerrados, como lanzado por una rígida pendiente. Un día, viendo pasar por el camino una culebra, la dió un bastonazo y la dejó aturdida. «Luego la obligué á abrir la boca con el bastón y la arranqué el aguijón con los dedos: acción desesperada que, á no ser por la misericordia de Dios, hubiera acarreado mi fin.» Desde sus primeros ensayos de conversión, fué extremado en sus emociones, y se sintió subyugado por la vista de los objetos físicos:

«adoraba» al sacerdote, adoraba el culto, el altar, las vestiduras. «Ese pensamiento había llegado á tener tal fuerza en mi alma que, á la sola vista de un sacerdote (por relajada que fuese su vida), desfallecía mi corazón, y le veneraba; sí, y por el amor que les tenía me parecía que me habría tendido á sus pies para que pisaran sobre mí: hasta tal punto me embriagaban y hechizaban su nombre, su hábito, su oficio.»

Ya las ideas se aferraban á él con esa fuerza invencible que engendra la monomanía; poco importaba que fuesen ó no absurdas; reinaban en él, no por su verdad, sino por su presencia. El pensamiento de un peligro imposible le espantaba tanto como la vista de un peligro inminente. A semejanza de un hombre suspendido sobre un abismo por una cuerda sólida, olvidaba que la cuerda era sólida y le oprimía el vértigo. Según costumbre de los obreros ingleses, le gustaba tocar las campanas; convertido en puritano, juzgó profana la distracción, y se abstuvo; no obstante, arrastrado por su deseo, todavía subía al campanario y miraba tocar. «Pero no tardé en preguntarme: ¿Y si cayese una de las campanas? Entonces decidí colocarme debajo de una viga grande que había al través del campanario, pensando que allí estaría seguro.—Pero en seguida di en pensar que, si la campana caía estando en movimiento, podría chocar primero en la pared, rebotar luego sobre mí y matarme, á pesar de la viga. En su consecuencia, me puse en la puerta del campanario.—Y ahora, me dije, estoy en seguridad, porque, si caía una campana, me guarecería detrás de aquellos gruesos muros, y quedaría á salvo, á pesar de todo.—De modo que, después de esto, seguía yendo aún á ver tocar, sin querer pasar de la puerta del campanario. Pero entonces me

cruzó esta idea: ¿Y si también se cayese el campanario? Y esta idea continua me agitaba de tal modo que yo no me atreví á estar á la puerta del campanario, y me ví obligado á huir por temor de que el campanario cayese sobre mi cabeza.»—Muchas el simple pensamiento de un pecado era para él una tentación tan involuntaria y tan fuerte que le parecía sentir la afilada garra del demonio. La idea fija crecía en su cabeza como un absceso doloroso, cargado de toda la sensibilidad y de toda la sangre vital. «Si el pecado consistía en pronunciar tal ó cual palabra, me parecía como si mi boca fuese á pronunciar la palabra, quisiese yo ó no. Y tan fuerte era la tentación sobre mí, que á menudo estaba dispuesto á llevarme las manos á la barba para impedir que se abriese la boca, ó á meterme de cabeza en un estercolero para impedir que hablase mi boca.» Más tarde, estando predicando un sermón, le asaltaban pensamientos de blasfemia; la palabra se le venía á los labios, y apenas bastaba toda su fuerza de resistencia para sujetar el músculo obediente á la soberanía del cerebro.

Un día que el ministro de su parroquia predicaba contra el baile, los juramentos y los juegos, se le puso en la cabeza que el sermón era por él, y volvió á su casa lleno de congoja. Pero comió; el estómago cargado descargó el cerebro, y los remordimientos se disiparon. Como verdadero niño, á quien sólo afecta la sensación presente, saltó afuera alborozado y corrió á jugar. Había lanzado la pelota é iba á proseguir, cuando una voz del cielo llegó de pronto á su alma: «¿Quieres renunciar á tus pecados é ir al cielo, ó conservar tus pecados é ir al infierno?» Atolondrado, «miré al cielo, y me quedé como si con los ojos de mi inteligencia hubiese visto al Señor Jesús, mirándome

con mucho enojo, y como si me hubiese amenazado severamente con algún grave castigo por aquellas prácticas impías y otras análogas.» De repente, pensando que sus pecados eran muy grandes, y que se condenaría de seguro, hiciese lo que quisiese, resolvió darse gusto durante esta vida y pecar todo lo que pudiese. Volvió á coger la pelota, se puso á jugar con furor, y votó y juró más alto y más á menudo que nunca. Un mes más tarde, reprendido por una mujer, calló de pronto, «y, bajando la cabeza, deseaba volver á ser un niño chiquitín para que mi padre me enseñase á hablar sin aquella mala costumbre de los votos y juramentos. Porque estoy tan acostumbrado, me decía, que sería inútil pensar en corregirme; jamás podría conseguirlo.—Pero no sé cómo fué, que, á partir de entonces, dejé de jurar, con gran asombro mío; y y mientras antes no sabía hablar sin reforzar mis palabras con un juramento por delante y otro después, ahora, sin juramentos, hablaba mejor y más fácilmente que nunca.» Esas bruscas alternativas, esas resoluciones violentas, esa renovación imprevista del corazón, son obras de la imaginación apasionada é involuntaria. Esa imaginación, con sus alucinaciones, con su soberanía, con sus ideas fijas, sus ideas locas, prepara un poeta y anuncia un inspirado.

VII

Las circunstancias desarrollaron sus dotes naturales; su género de vida favorecía á su compleción mental. Había nacido «en las filas más bajas y menospreciadas»; hijo de un calderero, era á su vez calde-

rero ambulante, casado con una mujer tan pobre como él, «de tal manera que entre los dos no tenían una cuchara ni un plato de ajuar». Le habían enseñado en su infancia á leer y escribir, pero después «olvidó casi enteramente lo que había aprendido». La educación distrae y disciplina al hombre, le llena de ideas diversas y razonables, le impide caer en la monomanía ó acalorarse con la exaltación; sustituye las invenciones excéntricas con los pensamientos aprobados, las convicciones rígidas con las opiniones móviles; reemplaza las imágenes impetuosas con los razonamientos tranquilos, las voluntades improvisadas con las decisiones reflexivas; nos infunde la sensatez y las ideas ajenas, y nos da la conciencia y el imperio de nosotros mismos. Suprimid esa razón y esa disciplina, y considerad al pobre obrero ignorante entregado á su labor. Mientras trabajan las manos, trabaja la cabeza, no juiciosamente con hábitos adquiridos de lógica aprendida, sino á favor de sordas emociones y merced á un aflujo desarreglado de imágenes confusas. Tarde y mañana, el martillo maquinal arrulla con sus notas ensordecedoras el mismo pensamiento incesantemente replegado sobre sí. Una visión turbia, obstinada, flota ante él entre los trémulos destellos del estaño machacado. En el horno rojo donde hierve el hierro, en el grito del cobre magullado, en los negros rincones donde se arrastra la sombra húmeda, percibe las llamas y las tinieblas de abajo y el rechinar de las cadenas eternas. Mañana torna á ver la misma imagen, y pasado mañana, y toda la semana, y todo el mes y todo el año. Se arruga su frente, se entristecen sus ojos y su mujer le oye gemir por la noche. Se acuerda ella de que tiene dos libros en un saco viejo; el *Camino del hombre sencillo hacia el cielo*